

ministro de Carlos XII, de ser aventurero y enredador. Esto es apreciar á los hombres según el hecho accidental del éxito. Los reyes daban ejemplo del desprecio de la justicia. Si el rey de Inglaterra, que, bajo el punto de vista de los príncipes, no era más que un usurpador, podía legítimamente unirse á los que habían despojado al rey de Suecia, ¿por qué el ministro del rey de Suecia no había de tratar de destrozar al rey de Inglaterra? Y si para volver á los Estuardos al trono de sus antepasados era preciso trastornar la Europa, ¿dónde estaba el crimen? Desde el momento en que no hay más derecho entre los príncipes que el derecho del lobo, la fuerza es quien reina, y el que sucumbe no tiene más culpa que la de ser más débil; pero auxiliado de las circunstancias, hubiera podido ser el más fuerte. Si los proyectos del barón de Gortz parecen una novela, es porque no se llevaron á cabo. Por lo demás, ofrecen una excelente enseñanza: prueban que no hay nada estable, aun bajo el punto de vista del interés, desde que éste es lo único que reina.

El barón de Gortz empezó por levantar el poder de su señor, rebajando la aristocracia sueca, que se había apoderado del gobierno mientras Carlos XII peleaba en Polonia y en Rusia. Después quiso tratar á Europa con la misma ligereza que á Suecia. Cambió de alianzas como se cambia de decoraciones en el teatro. Pedro el Grande era enemigo mortal de Carlos XII; le hizo su íntimo aliado. Por un singular concurso de circunstancias, el czar y el rey de Suecia tenían, si no las mismas simpatías, al menos las mismas antipatías. De todos los príncipes unidos contra Suecia, Jorge, el rey elector, era á quien Carlos XII guardaba más rencor, porque había entrado en la contienda del Norte sin tener ningún agravio contra el rey de Suecia, únicamente por conservar á Brama y Verden, sobre los que no tenía más derecho que haberlos comprado á vil precio al rey de Dinamarca, á quien no le pertenecían. Por su parte, el czar estaba irritado contra el rey de Inglaterra porque éste contrarrestaba sus empresas en el Mecklemburgo. Apenas fuera de Rusia, Pedro el Grande pretendía ya obrar como señor en el Imperio. La Dinamarca y el Hanover, asustados de la ambición invasora de su aliado, no le dieron el auxilio á que estaban obligados en su empresa contra Suecia. De aquí su rencor y su inteligencia con Carlos XII

después de una lucha á muerte (1). Gortz unió, pues, los dos reyes del Norte, contra su enemigo común, el rey de Inglaterra: quería nada menos que destronarle y restablecer los Estuardos. Para realizar estos proyectos, era preciso quitar á Jorge su principal apoyo, el regente de Francia. Gortz encontró un aliado en donde no le esperaba, en España. El cardenal Alberoni tenía igualmente el designio de trastornar la Francia y la Inglaterra para servir á la ambición de la reina. Hé aquí, pues, á los dos botafuegos de acuerdo. Lo que prueba que su empresa no era tan quimérica como hoy se cree es que el czar entró en sus planes, y Pedro era un espíritu político, un fundador de Estado, y no un proyectista. El czar y el rey de Suecia, unidos con España, podían hacer temblar al resto de la Europa, porque por todas partes había gérmenes de perturbación. En Francia, las pasiones nacionales se sublevaban contra la alianza inglesa: ¡Luis XIV había combatido á Inglaterra á fin de colocar á su nieto en el trono de España, y el regente se unía con Jorge I contra el rey Felipe! En Inglaterra, los Estuardos conservaban numerosos partidarios; todos los días estallaban nuevas conspiraciones y sublevaciones. ¿Qué hubiera sucedido si Carlos XII, el héroe del Norte, hubiese desembarcado en ella con sus guerreros?

Tales fueron los elementos de la conjuración que Gortz y Alberoni tramaron contra la tranquilidad de Europa, apenas pacificada después de la sangrienta guerra de sucesión de España. Un ministro francés, el marqués de Argenson, nos ha dado á conocer los planes de los conjurados; los describe con elocuencia; le dejamos la palabra: "Suecia hacía la conquista de Noruega sobre Dinamarca; en seguida Carlos XII caía sobre la Dinamarca y abolía el derecho del Sund. Se conquistaría de la Polonia, entre todos, una pequeña provincia muy conveniente á la Rusia. Se daba á la Suecia la Pomerania y el Mecklemburgo. Se indemnizaba al duque de Mecklemburgo, en lucha entonces con sus súbditos, como ha continuado después, dándole una provincia que se tomaba á la Prusia. Se atacaba al rey de Prusia para castigarle por haberse mezclado, como lo había hecho, en la precedente guerra de Polonia. Se le hacía ver que to-

(1) VOLTAIRE, *Hist. de Carlos XII*, lib. VIII.—HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 304, nota.

das sus famosas tropas no se componían más que de bribones. Y ¿quién hubiera podido ó querido auxiliarle? Se le privaba de lo que se daba en indemnización al duque de Mecklemburgo y de algunos puertos que convenían á Rusia. De aquí se entraba en Sajonia y en Polonia; se destronaba por segunda vez al rey Augusto para reemplazar al rey Estanislao en su trono. Se le quitaba también á Augusto su electorado de Sajonia y se ponía en él á la rama menor de Sajonia Gotha. De la Dinamarca, Carlos XII descendía á Hamburgo, obtenía fácilmente de esta rica república una gran cantidad de dinero y la libertaba de toda la tiranía danesa. Luego, la Dinamarca, rodeada por todas partes, pediría gracia y se la concedía una paz de cuya duración se podía estar seguro. Carlos XII, con seis mil bravos Suecos, gente muy aguerrida y enorgullecida con sus antiguas victorias, descendía á Alemania, mientras que el czar entraba también con un ejército formidable en esta parte de Europa en que deseaba arraigarse. Allí se tomaba la ofensiva contra el elector de Hanover, que también es rey de Inglaterra. Entonces se hacía venir al pretendiente y se le restablecía, lo cual daría demasiado que hacer al referido elector de Hanover para dejarle tiempo de mezclarse en los asuntos de Alemania. Entonces se hacía la ley al emperador, á quien se ocupaba con los asuntos que voy á decir: se recordaban las relaciones con el elector de Baviera, la casa palatina y los electores eclesiásticos; se reunían todas sus pretensiones y sus quejas, y se renovaba el tratado de Westfalia para la libertad germánica. Los Turcos estaban ya en guerra con el emperador; se animaba esta guerra, y se hacía del príncipe Ragotsky un rey de Hungría y de Transilvania. Al mismo tiempo España bajaba á Italia y recuperaba el Milanesado y las Dos Sicilias, lo que, como llevo dicho, daba bastante que hacer al emperador. Era entonces ocasión para que Francia apareciese, habiendo hecho poderosos armamentos sin descubrirse; y para darla su tajada en el despojo universal del emperador, se la adjudicaban las diez provincias de los Países Bajos católicos, lo cual realizaría su gran proyecto de no tener más límite que el Rhin al Norte y al Noroeste.

Tales eran los proyectos del ministro de Carlos XII, que tenía por cómplice al czar, celebrado como legislador de su país, y también al rey de

España y de las Indias. El primer móvil de esta empresa, que debía trastornar el mundo, era el rencor de Carlos XII contra Jorge I. Después de haber referido los planes novelescos del héroe sueco, el marqués *d'Argenson* añade que Carlos XII, semejante al gran Gustavo Adolfo, y aun excediéndole, imponía la ley á Alemania y distribuía los reinos. "Una bala de culebrina, lanzada al acaso desde las fortificaciones de Fredrikshall, en Noruega, deshizo todos esos bellos proyectos. Carlos XII fué muerto, la flota de España batida por los Ingleses, Alberoni arrojado de España, Gortz decapitado en Stockolmo. Tal vez, dice *Voltaire*, Gortz, Alberoni y hasta Carlos fuesen más bien hombres inquietos que intentaban grandes aventuras que hombres profundos que maduraran ideas justas; acaso su mal éxito los ha hecho acusar de temerarios..." (1). Aventureros ó héroes, poco importa; lo indudable es que mientras el poder absoluto domine en los Estados, la tranquilidad del mundo está á merced de los caprichos ó de las pasiones de un rey ó de una reina.

N.º 2.—*El Mediodía.—Alberoni.*

Según *Saint-Simón*, el cardenal Alberoni ha sido un "malvado y un tirano á quien guiaban la perfidia, la ambición, el interés personal, miras siempre torcidas, á veces los caprichos, y hasta la locura, y cuyo único interés, continuamente variado y diversificado según se le representaba la fantasía, se ocultaba bajo proyectos siempre inciertos y que en su mayor parte eran de ejecución imposible," (2). La posteridad no ha confirmado este juicio, que más parece una caricatura que un retrato. Sabido es el estado de aniquilamiento en que se encontraba España al advenimiento de los Borbones. Alberoni la comparaba á un cadáver; sin embargo, no pedía más que cinco años para regenerarla. Esto hubiera sido un prodigio. Pero ni aun esos cinco años le fueron concedidos, lo cual no le impidió devolver la vida á un pueblo que parecía muerto. Sus reformas parecen mágicas. Un escritor inglés las compara á las que Julio César llevó á cabo en su corta dictadura (3). Es difícil, y

(1) VOLTAIRE, *Hist. de Pedro el Grande*, parte II, c. VIII.

(2) SAINT-SIMÓN, *Memorias*, t. XI, p. 216.

(3) *Edinburgh Review*, July, 1849, p. 86.

casi imposible, apreciar su política extranjera. ¿Fue él quien impuso sus proyectos á sus señores, ó fué la reina de España quien le llevó á empresas prematuras? ¿Quién podría decir lo que pasaba en la alcoba donde vegetaba el nieto de Luis XIV? *Saint-Simón* pretende que Alberoni tenía al rey y á la reina encadenados; que en la estrecha prisión en que había sabido encerrarlos, no veían, ni sentían, ni respiraban más que por él. Se puede afirmar que no es así. Extranjero en España, no debía su poder más que al ascendiente que ejercía en la reina, italiana como él. Pero si alcanzó esta influencia fué poniendo su genio audaz al servicio de la ambición de su señora. Fué, pues, un instrumento, bajo muchos puntos de vista. ¿Pudo ennoblecere y engrandecer su papel dirigiendo las miras personales de la reina hacia un objeto de interés general? Aun sobre este punto no tenemos más que conjeturas.

Lo que conocemos, sin poder dudar de ello, es la política del rey y de la reina. El nieto de Luis XIV había tenido que renunciar á los derechos que le daba su nacimiento sobre la sucesión de su abuelo: esto, como hemos dicho, fué la condición esencial de la paz de Utrecht. Felipe manifestó en aquella ocasión grande amor á sus *queridos Españoles*; el pueblo, en efecto, era digno de este afecto; pero el rey era indigno de su pueblo. A despecho de las más solemnes renunciaciones, á despecho de sus protestas, tenía una idea fija, subir al trono de sus padres, del que apenas lo separaba la débil vida de un niño. La ambición de la reina, heredera de la Casa de Farnesio, era el obtener para sus hijos establecimientos en Italia. Jamás deseo más ávido fué seguido con más avidez; para procurar algunos ducados á sus hijos, estaba pronta á prender fuego á toda Europa. ¿Qué interés tenía la nación en que D. Carlos fuese duque de Toscana? La pregunta se asemeja á una burla. Jamás pareció más miserable la condición de un pueblo gobernado por un monarca absoluto. El interés evidente de España era conservar la paz para levantarse de una decadencia secular. Había encontrado un ministro que, por su fogosidad italiana, parecía hecho para darla nueva vida. Alberoni comprendía que ésta era la verdadera política para España. Protestó en varias ocasiones ante el embajador de Inglaterra que no deseaba posesiones en Italia, que España sería mucho más pode-

rosa encerrándose en su continente y las Indias y gobernándolas bien que dispersándose por toda Europa, como había hecho anteriormente. Deploraba la guerra que iba á deshacer las reformas que había empezado, reformas, añade el diplomático inglés, que le hacen verdaderamente mucho honor; atribuía la guerra al rey y la reina, que, decía, habían tomado con empeño los asuntos de Italia (1). Alberoni tuvo que transigir con su ambición y hacer la guerra, á riesgo de comprometer el porvenir de España. Lo que la nación ganó con "aquella pasión de establecimientos soberanos para los hijos de la reina," como la llama *Saint-Simón*, fué que la obra de regeneración, apenas comenzada, fué detenida durante un siglo.

Una vez lanzado en el campo de las aventuras, Alberoni puso en la ejecución de sus designios el genio de un aventurero audaz. Se veía contrariado en sus planes por el duque de Orleans, regente de Francia, en primer lugar, porque la política del regente era la conservación de los tratados de Utrecht, que le llamaban al trono en caso de muerte de Luis XV. Para separar este obstáculo, Alberoni tramó una conspiración, con algunos descontentos de Francia, con el objeto de quitarle la regencia al duque de Orleans y de dársela á su señor. Pero hacer la guerra al regente era hacérsela á Jorge de Inglaterra, aliado íntimo del duque de Orleans. Alberoni no retrocedió y se concertó con Gortz, para restablecer á los Estuardos en el trono de sus antecesores. El emperador, que no había reconocido la monarquía del duque de Anjou, estaba aún menos dispuesto á ayudar los proyectos del rey de España en Italia, porque tendían á despojarle de las posesiones italianas que le aseguraba el tratado de Utrecht. Alberoni celebró una alianza con la Puerta, que debía llamar la atención en Hungría, mientras se atacaba al emperador (2). Esta política iba á sumir de nuevo á Europa en una guerra universal "que obligaría hasta á los indiferentes á entrar en la danza, pues para ello tenía instrumentos excelentes que inspirarían el deseo de esta clase de diversiones," (3).

De este modo, el aventurero cardenal lanzaba á la Europa entera en las desdichas de una guerra

(1) *Carta del conde STANHOPE, en lord MAHON, History of England, t. 1, p. 387, 388.*

(2) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. IV, p. 470.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 273.

general para satisfacer los caprichos de un rey hipochondriaco y la ambición maternal de la reina. No hay espectáculo más desconsolador, y comprendemos que se haya buscado en los vastos proyectos de Alberoni algo más que una culpable locura de aquella pareja real. Un publicista francés supone que no pensaba tanto en levantar á España como en servir á Italia: "Preparar la independencia de su patria, implantando en ella príncipes bastante poderosos para defenderla, tal me parece, dice *Mr. de Carné*, haber sido el pensamiento secreto de aquel hombre, tipo acabado del genio italiano en sus odios sin límites y en sus ambiciones sin escrúpulo. Animado contra el imperio y los Alemanes de los furros de un Güelfo del siglo XII, el cardenal subordinaba la moral y la justicia á su idea fija," (1). Hay algo de verdad en esta apreciación. Los actos y las palabras de Alberoni descubren profundo odio por la raza alemana que los tratados de Utrecht implantaron en Milán y en Nápoles. No hablaba, dice *Saint Simon*, más que de arrojar los Bárbaros de Italia (2). Pero no hay que buscar en él el respeto de las nacionalidades, tal como hoy le comprendemos; esta idea no había nacido aún en el siglo XVIII. En su manifiesto sobre el proyecto de Sicilia, dice, es verdad, que el rey concibió el generoso designio de defender la libertad de Italia; pero le preocupaban más los príncipes que la nación. Acusaba á los Alemanes de reducir á los príncipes italianos á una vergonzosa esclavitud. La paz de Utrecht había dado Nápoles al emperador y la Sicilia al duque de Saboya. Por la cuádruple alianza se quitaba la Sicilia al duque para dársela al emperador; era consumir, dice Alberoni, la servidumbre de Italia (3). El cardenal quería repartir la Península entre los príncipes italianos; los infantes de España lo eran á medias por su madre, y una vez poseionados de Italia, lo serían por completo. Esto era un principio de independencia para la Italia, en el sentido de libertarla de los Bárbaros. Los Austriacos eran, en efecto, Bárbaros para los Italianos, porque jamás llegaron á asimilarseles; siguieron siempre siendo extranjeros, y extranjeros sin ninguna simpatía de genio, de costumbres ni de ideas con las poblaciones italianas.

No paraban ahí los designios de Alberoni. *Voltaire*, que conocía perfectamente las intrigas políticas que agitaron el Mediodía y el Norte en la primera mitad del último siglo, nos dice "que el cardenal tenía un buen proyecto: formar un cuerpo itálico poco más ó menos según el modelo del cuerpo germánico," (1). *Voltaire* añade que, cuando se conciben semejantes proyectos, es preciso contar con el apoyo de la opinión, so pena de caer de medios para realizarlos. Hay un cargo más grave que dirigir al cardenal que el de ser un utopista: que, practicando la moral de Maquiavelo, lo sacrificaba todo á su fin. Poco le importaban los tratados y las promesas; engañó á todo el mundo, empezando por el papa; se sobreponía á todas esas preocupaciones que se llaman derecho, justicia, conciencia. Esto era sistemático en él, como en el político italiano del siglo XVI. Decía "que los soberanos eran siempre menores, dueños, por consiguiente, de librarse de las violencias que habían sufrido cuando la Providencia daba ocasiones para ello," (2). Hé aquí una doctrina maravillosa. Los *menores* pueden pedir la rescisión de sus *contratos* cuando son *lesionados*. Siendo *menores* todos los príncipes, resulta que los tratados que hacen no son más que convenios irrisorios; el más fuerte es el que triunfa del más débil, salvo que el más débil puede tomar la revancha cuando Dios le da los medios. Porque Dios está siempre dispuesto á cubrir con su nombre todo lo que se hace contra el honor y los juramentos.

Alberoni no se limitó á la teoría; sus actos estuvieron á la altura de sus máximas: "Señor cardenal, no os creía capaz de eso," le dijo un día el jesuita Daubenton quejándose de algunas medidas equivocadas. "Padre mío, contestó el cardenal mirando fijamente al confesor, yo soy capaz de eso y de todo." Esta palabra la cumplió. La conquista de Cerdeña fué un verdadero bandolerismo; emprendióla sin declaración de guerra contra el emperador, que combatía á los Turcos, y después que el cardenal había hecho creer al papa que se armaba contra los infieles. La invasión de Sicilia fué la violación más audaz de toda fe y hasta de toda conveniencia. Pertenecía al duque de Saboya, que estaba en negociaciones para coaligarse con Espa-

(1) LUIS DE CARNÉ, *el Regente y la Regencia (Revista de Am-bos Mundos, 1858, t. III, p. 815).*

(2) SAINT-SIMÓN, *Memorias*, t. IX, p. 317.

(3) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. VIII, l. p. 543.

(1) VOLTAIRE, *Examen del testamento político del cardenal Alberoni. Carta del 26 de Enero de 1740 al príncipe Federico.*

(2) SAINT-SIMÓN, *Memorias*, t. IX, p. 82.—RICHELIEU, *Memorias*, t. II, p. 289.

ña contra el emperador. Para poner el sello á este golpe de Estado diplomático, el cardenal no cesaba de invocar el equilibrio político, y esto en el momento en que iba á trastornar por completo á Europa. Decía que "Europa no estaría tranquila mientras que el emperador tuviese un soldado y una pulgada de tierra en Italia," (1). ¡Lo que es la doctrina del equilibrio! Sirve en caso de necesidad para trastornar al mundo de arriba abajo con el pretexto de asegurar la tranquilidad.

Alberoni fué más afortunado que Gortz. Aunque lanzado por los príncipes á cuya ambición había servido, pudo ver en su destierro la realización de una parte de sus proyectos. Los infantes de España ocuparon los tronos de Toscana y Nápoles. Si no dieron la independencia á Italia, al menos impidieron la dominación completa de la Casa de Austria. El reinado de los príncipes italianos preparó el de la nación. Hoy que Italia ha reconquistado su independencia debe un recuerdo de reconocimiento al cura parmesano que, hecho cardenal y ministro, fué tal vez el único que en el siglo XVIII lanzó el grito de: ¡fuera de Italia los Bárbaros!

§ II. — La política de la paz.

N.º 1.—La alianza inglesa.

I

Desde el advenimiento de Guillermo de Orange, la lucha de Luis XIV contra Europa fué; en realidad, un duelo con Inglaterra. Guillermo era el alma de las coaliciones, el oro inglés el nervio de la guerra. En cuanto Inglaterra se retiró en 1712, las Provincias Unidas y el emperador se vieron obligados á consentir en la paz. ¿Cuál es la razón de estas largas disensiones? La envidia, el temor de la dominación francesa tenían gran parte en ellas; pero había también un interés de libertad y de existencia. Si Luis XIV hubiese vencido á Europa, la restauración de los Estuardos habría sido inevitable. Los Ingleses, al combatir la monarquía universal, combatían, pues, por su libertad religiosa y política. En cuanto á Luis XIV, se proponía ante todo un fin egoísta, la grandeza de su familia. Pero el poder de los Borbones amenazaba la inde-

(1) SAINT-SIMÓN, *Memorias*, t. IX, p. 386.

pendencia de Europa, y, por consiguiente, comprometía la existencia de la Inglaterra. De aquí la animosidad de las dos naciones, que pareció reanimar los antiguos odios de la Edad Media.

Tales fueron las relaciones de Francia é Inglaterra hasta la muerte de Luis XIV. Bajo el gobierno del regente todo cambió como por encanto. La política de invasión cedió el campo á la política de paz, y á la lucha á muerte de las dos naciones rivales siguió una alianza íntima. ¿Cuál es la causa de esta revolución? Aun después de la paz de Utrecht, el anciano rey no se reconcilió más que aparentemente con la nueva dinastía llamada á reinar en Inglaterra, y daba bajo cuerda socorros al pretendiente. En Inglaterra también la opinión pública se mostró poco favorable á la paz de Utrecht. En su primer discurso al Parlamento, Jorge I la calificó de paz *tal cual*; lamentó "que los incomparables triunfos que Inglaterra había obtenido en la guerra no le habían reportado toda la felicidad que tenía derecho á esperar de la paz." La Cámara de los Comunes declaró que no había podido ver sin indignación empañada la gloria de la nación por las negociaciones y por la paz que había seguido á ellas. El Parlamento abrió una información sobre la conducta del ministerio tory que había firmado los tratados de Utrecht; además, acusó á dos ministros de alta traición por haber favorecido los intereses de Francia (1). Parecía que la lucha iba á comenzar de nuevo. Sin embargo, poco tiempo después se celebró la triple alianza de Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas, con objeto de garantizar aquella misma paz de Utrecht contra la cual se sublevaba el Parlamento, y que Luis XIV estaba pronto á violar.

Para explicar este rápido cambio en la política de Inglaterra y de Francia se ha dicho que más bien fueron los intereses dinásticos de la Casa de Hanover y de la familia de Orleans los que hicieron contratar la triple alianza que las simpatías ó los intereses de los dos pueblos. Si no se consultan más que los móviles de los que negociaron la alianza, eso es muy cierto; pero aquí, como en todos los grandes acontecimientos, está la mano de Dios y el egoísmo de los hombres. Veamos primeramente la parte que corresponde á la diplomacia de los príncipes.

(1) RAPIN DE THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. XIII, p. 39 y 85.

La Casa de Hanover, al subir al trono de Inglaterra, encontró enemigos en todas partes, amigos en ninguna. En el seno mismo de la nación, un partido poderoso era adicto á la familia de los Estuardos. Apenas Jorge I había puesto el pie en Inglaterra, cuando estalló en Escocia una insurrección jacobista; fué reprimida, pero las pasiones sobrevivieron á la derrota. Se predicaba en pro del pretendiente á las puertas de Londres; se gritaba: ¡Viva Jacobo III! ¡Fuera el extranjero! Se celebraban públicamente los aniversarios de los príncipes caídos, y esto de acuerdo con los magistrados. Además, los Estuardos tenían en su favor las simpatías declaradas de la corte de Francia. El regente empezó por seguir la política de Luis XIV. España no ocultaba sus predilecciones; abrazó abiertamente el partido de Jacobo III. Jorge I apenas podía contar con el apoyo sincero del Austria, descontenta de los tratados de Utrecht é inclinada por su devoción á favorecer un pretendiente católico más bien que uno protestante. No quedaba más aliado sincero á la nueva monarquía que las Provincias Unidas; pero la república, aniquilada por la larga lucha que había sostenido contra Luis XIV, estaba desde entonces en un estado de decadencia del que no se ha repuesto jamás. La Casa de Hanover se hallaba en peligro inminente si no conseguía atraerse la amistad de la Francia. La alianza francesa era, pues, para Jorge I una cuestión de existencia (1).

Por un acaso providencial, el duque de Orleans, que gobernaba la Francia como regente, tenía el mismo interés en asegurarse la alianza de la Inglaterra. La débil constitución de Luis XV hacía temer que siguiese á su abuelo á la tumba, y en este caso el duque de Orleans estaba llamado al trono en virtud de las renunciaciones juradas por el duque de Anjou, rey de España. Pero Felipe V no se creía ya ligado por aquellas renunciaciones solemnes, como Luis XIV no se había creído obligado por renunciaciones igualmente formales. ¿No era rey de España á despecho de esas renunciaciones? Podía, pues, esperar que los derechos de la sangre, lo que los príncipes llaman las leyes inmutables de la monarquía, triunfarían sobre estos actos diplomáticos que nadie había tomado en serio, ni aun aquellos que los habían exigido como condición de la paz de

(1) LORD MAHON, *History of England*, t. I, p. 155, 158.

Utrecht. Contaba también, y no sin motivo, con el apoyo de la nación francesa. Hay de ello un testimonio muy curioso. El regente no tenía amigo más adicto que el duque de Saint-Simón. "¿Qué hariais, le dijo un día, si el rey de España entrase en Francia para reivindicar la corona de sus padres?", "No sé, contestó Saint-Simón, cuál podría ser el resultado de esa revolución; pero es confieso que yo, que soy todo vuestro desde la infancia, y que sabéis hasta qué punto lo soy, que debo esperarlo todo de vos y nada de otro alguno, os confieso que, si las cosas llegaban hasta ese extremo, me despediría de vos con las lágrimas en los ojos é iría á buscar al rey de España y lo tendría por depositario legítimo de la autoridad." El regente no tenía más título que la paz de Utrecht, ni más apoyo que la alianza de la Casa de Hanover, tan interesada como él en mantener el orden de sucesión que los tratados consagraban para Francia é Inglaterra. Intereses idénticos debían producir una inteligencia entre Jorge I y el duque de Orleans, á despecho de la rivalidad que dividía á las dos naciones.

Los diplomáticos ingleses que negociaron la triple alianza confesaron que la garantía del orden de sucesión en Inglaterra y en Francia era el único motivo que unía á los dos príncipes (1). Y hasta el mismo tratado no hace ningún misterio. El regente empieza por comprometerse á expulsar al pretendiente y á no permitir que pase por Francia, ni que ponga los pies en ningún punto de la dominación francesa, "porque la experiencia ha hecho conocer que la proximidad de su estancia puede excitar movimientos y perturbaciones en la Gran Bretaña." Además, se estipula que la sucesión á la corona de Inglaterra en la rama protestante y á la corona de Francia en la rama de Orleans, con exclusión de la de Anjou, quedará en toda su fuerza y vigor. Después vienen las promesas de auxilio; se prevé el caso, no solamente de una agresión extranjera, sino también de perturbaciones y de disensiones intestinas; se determina en qué plazo cada uno de los aliados debe suministrar los auxilios en hombres y en dinero. La cuádruple alianza de 1718 tenía el mismo objeto. Al comunicarla al parlamento, Jorge I decía "que sus súbditos oirían, indudablemente con placer, que ese tratado obligaba á las potencias contra-

(1) MAHON, *History of England*, t. I, p. 160.